

GELSYS GARCÍA
La Revolución y sus perros

bokeh ✱

© Gelsys García, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-38-5

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

$\frac{5}{8}$, $\frac{3}{8}$

El universo en forma de huevo. Las proporciones perfectas, $\frac{5}{8}$, $\frac{3}{8}$. Dadas por un Dios iracundo y amante de la belleza.

Cristo viene a resarcir la forma divina perdida. Su erótica del dolor ha sido preparada como el primer espectáculo de Occidente. Cristo tiene forma de cruz: otras proporciones perfectas.

Pienso, pero no hallo la forma que se avenga a la Revolución. ¿Huevo, cruz, nariz de sarraceno, efigie, arabesco mental, sombra platónica?

Las fronteras

Fronteras trazadas por un niño con un lápiz. Fronteras desdibujadas en un mapamundi del siglo XVI. Fronteras movibles. Frontera del pueblo judío. Frontera mexicana, siempre reescribiéndose. Palitos chinos como marcas limítrofes.

Lady Macbeth y Pilatos

Lavarse las manos. Dos seres arquetípicos asumiendo la postura histórica. Por una parte el prefecto romano que se enjuga el sudor con las manos húmedas. La breve escena del evangelio de Mateo, apenas dos versículos en que las manos se roban el primer plano. Pilatos es solo dos manos. Sin embargo, esas manos de emborronar el latín solo se muestran y se distienden ante nuestros ojos gracias a Bulgakov: el primero en ponerle tantos rostros a Pilatos: los rostros de todos los cómplices silenciosos de Stalin.

Las otras manos que nos aterran –sobre todo por su sentido catártico, porque sabemos que de alguna manera son las nuestras– son las de Lady Macbeth. Manos ataviadas al estilo oriental, manos rumbo a la Siberia, manos prístinas. Las manos de Pilatos y las de Lady Macbeth no han tocado la sangre, sin embargo, la sola intuición, la cercanía, la mancha. La sangre que nos lavan al nacer, que se esmeran en quitar con cepillos y jabón, esa sangre que nos marca nunca puede borrarse. Es nuestro sino. Lady Macbeth y Pilatos lo atestiguan.

Los tres autómatas

Los tres célebres autómatas del siglo XVIII nos parecen burdos hoy, sus mecanismos simplistas. Sin embargo, continúan hablando de condiciones inalterables. El acto de la escritura queda inmortalizado. Nadie duda de que sempiternamente continuaremos escribiendo, no importa sobre cuál superficie ni qué caracteres ni qué código empleemos: en esencia, el acto de escribir será el mismo. Luego está el dibujante: el visionario, la sublimación del sentido visual: alegato de que habrá que seguir mirando en busca de lo que hay debajo. Y finalmente, la figura femenina del conjunto de la que han afirmado los más generalistas que toca el piano y otros con un poco más de especificidad que toca el órgano. En verdad es una clavecinista: ejecutora de un instrumento del que muy poco ya conocemos. Figura que nos fuerza a redefinir el mundo una y otra vez cada vez que escuchamos sus notas.

La santidad (I)

La santidad de la guerra. La de la sangre. No la sangre en sí misma. El derramamiento es el acto de purificación. Santidad menor es la del asceta. La del retardado. La del profeta. La del martirizado. Allí están las vidas de santos, las hagiografías, los onomásticos para corroborarlo.

La santidad (II)

Atlas no era santo, porque era culpable: sin embargo, el mundo sobre su espalda sí poseía la cualidad de la inocencia. Ticio era culpable, pero los buitres que le comían el hígado no: pajarracos de la santidad. Tántalo es culpable; las manzanas y el lago no.

Dédalo es culpable; Ícaro es santo. Agamenón es culpable; Ifigenia no. Edipo y Layo son culpables; y Yocasta también. Son culpables también Eteocles y Polinice, y su hermana Ismene, y su otra hermana Antígona. En el mundo clásico casi todos era culpables y no había problema alguno en ello. La inocencia era causa de repudio, predestinación fatídica.

Espera

En el sueño hay una casa de techo a dos aguas. Tengo el presentimiento de que algo comenzará a caer de súbito. ¿Anfibios? ¿Sangre? ¿Cuerpos desmembrados? ¿Muñecas de plástico? ¿Carne enlatada? ¿Envoltorios de nailon? ¿Periódicos sobre los que alguien ha dormido? Todo el sueño estoy allí mirando. La casa es la Revolución: inmensa, con un falso portón, con cariátides, con bombillos fluorescentes. Y espero todo el tiempo que algo caiga lentamente: como un bautizo o como una profanación, no sé bien. Nunca cae nada, pero sé que en algún momento pasará.

Retrato de familia

Pintar una serie de retratos de familia, en cada cuadro un objeto anacrónico o más bien extraño. Un objeto que de momento cobre protagonismo. En un retrato de familia del siglo xvii el padre tiene la mano sobre una calavera, una cabeza humana que sirve de pisapapeles. Y ese objeto es el protagonista del cuadro, no importan ya los niños en tercer plano que se pellizcan ocultos por un claroscuro ni la mirada triste de la madre ni el padre sentado en el centro de la composición. Un objeto que oscurezca el resto de la composición. El verde del uniforme.

Peregrino

Un país que peregrina el año entero. Un camino interminable. Velas, girasoles, rodillas sangrantes, cruces improvisadas, escapularios rústicos, fotos, mechones de pelo, pies descalzos. Nomadismo de la superstición. Un pueblo que cruza de un extremo a otro la isla. Casi 1000 km en dirección Occidente para ver una escultura de yeso de un hombre tullido en una pequeña capilla al lado del leprosorio. Casi 1000 km hacia el Oriente para acceder a otro santuario donde hay una pequeña muñequita ataviada en oro. Un país que va de la lepra y la carne supurante a la joyería, a la corona de diamantes y oro que un Papa mandó ponerle a una dudosa imagen hallada en altamar, una imagen escapada de un naufragio.

No importa en qué dirección se recorran esos 1000 km: en un sitio u otro están los mismos rostros, las mismas velas, continuando esa marcha indetenible que es la Revolución.

Revolución

Revoluciones por minuto. Revolución de terciopelo.
De octubre. Húngara. Industrial. Permanente. Mexicana.
Pacífica. Naranja. Haitiana. Liberal restauradora. Mar-
ginalista. Juliana. Gloriosa. Sexual. Francesa. Científica.
La Revolución.

Cuaresma

Marcar cada puerta de la casa con sangre del animal sacrificado. Cada puerta marcada se salvará de la cólera de Yahvé.

«Esta es tu casa, Fidel».